

Señorita Lucila:-

Me habría gustado, mucho, aprovechando su paso por Chile, antes de abandonar el territorio nacional, a su paso por nuestra capital del Nuevo Extremo, tener la suerte de verla, hablarla y conversar con la amiga de ayer, de hoy y de siempre.

Ese día que Ud. arribó a Santiago, después de 16 años de ausencia del país, en su recorrido triunfal desde la Estación Central a la Moneda, yó salí de mi oficina, en Condécór (Consejo Nacional de Comercio Exterior de Chile.), en el preciso instante que Ud. cruzaba, en su coche de gala, la toca-calle de Amunátegui, por Alameda.

Días más tarde, un Viérnes, en la noche, en el Teatro Municipal, con ocasión de la Velada que le ofrecían los intelectuales chilenos, en homenaje a su visita al país, yó asistí a dicho acto, de favor, gracias a la gentileza de una dama desconocida, que, viendo mi enfado por obtener Entrada (si yó hubiese sabido que las entradas eran "controladas", me habría apresurado, con la debida anticipación, a mi querido ex-Jefe, Don Oscar Herrera Palacios, quien fué mi jefe superior, antes de hacerse cargo del Ministerio de Educación.), me fué dado presenciar el acto desde un balcón. Me habría dado lo mismo, esa noche, presenciarlo desde la Galería, como Ud. lo hizo en 1918, cuando se leía y se repartían los premios a los concurrentes de los Primeros Juegos Florales de Chile, en el instante SUPREMO que Lucila dejaba su nombre civil y tomaba el pseudónimo de GABRIELA MISTRAL, por primera vez.

Un poco antes de ponerse término al homenaje, me retiré del Teatro, dirigiendo mis pasos hasta la calle San Antonio, para ubicarme en la portería principal del teatro, a la expectativa, en la esperanza que por ahí podría salir Ud., como efectivamente sucedió.

Me toco estar a codo de Uds., (Ud. y sus dos lindas compañeras, a quienes los chilenos le debemos mucho: su abnegación para cuidar y velar por Nuestro valor nacional.) me toco, tambien, ser testigo y presenciar las exclamaciones de enfado del público chileno, cuando ha alguien, con muy mal gusto, tuvo la pésima ocurrencia de apagar las lámparas interiores del auto.

"pero, por Dios, como se les ocurre apagar las luces, en los precisos momentos que el pueblo quiere ver, saludar y dar la mano a su Gabriela!"

Me parece que fué Don Oscar, era tanta la aglomeración de gente, porque, como el rayo se había difundido la noticia: GABRIELA ha salido por San Antonio, cuando todo el mundo la esperaban en el hall del Teatro, abriéndole calle, se agigaron en el preciso momento que se pretendió acelerar el auto, lo que dió origen al incidente mas arriba citado.

Una mujer humilde del pueblo, le hacía señas, por los vidrios del auto, alguien corrió el vidrio y unas manos cariñosas llegaron hasta las manos de Gabriela, los "carroñeros" de Ud., forzados por el pueblo, tuvieron que ceder...

Yó, que iba tan dispuesto a no regresar sin verla, dejé el paso a las sinceras efusiones del pueblo chileno, ahí reunido, la única ocasión y minutos que Ud. era más o menos libre;

No sé si Ud. se percató de esto, Lucila: no pedimos nada: nada: verla, estar cerca de Ud., nada más. Cuando Ud. estiró sus manos y una señora las estrechó con emoción de hermana, su imaginación voló, ve lo lo ve; como le habría gustado ver este espectáculo de amor y de cariño a todas esas seres hoy ausentes;

[Carta] 1954 sept. 28, Santiago, Chile [a] Lucila Godoy Alcayaga [manuscrito] El Negro, Hijo de la Pabla.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Mistral, Gabriela, 1889-1957

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1954 sept. 28, Santiago, Chile [a] Lucila Godoy Alcayaga [manuscrito] El Negro, Hijo de la Pabla. 2 h. ; 32 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile